



“Lo toqué y le picheé”

Por María Delys Cruz Palenzuela. Foto: Otilio Rivero Delgado

do y pintoresco paraje; ni siquiera habían conformado equipos, pues no pasaban de la docena.

“En medio de la euforia que provoca el juego —me contó en su casa, en Florida, el médico veterinario Eudaldo Silvente Ortiz— vimos unos yipis entrar a la escuela y avanzar directo por el camino aledaño al lugar donde estábamos. Para sorpresa nuestra era Fidel, al que la noche anterior habíamos visto por la televisión en el acto por el centenario de la caída de Ignacio Agramonte.

“Todos corrimos para allá, parece que el propósito era constatar la marcha de la construcción; nos saluda, y comienza a preguntarnos sobre las condiciones que teníamos en la escuela, las aulas, y de pronto ve el bate que yo tenía en mis manos, que estaba hasta clavado con una puntilla, y pregunta: ‘¿Con eso es con lo que ustedes juegan?’, y se vira para uno de sus acompañantes; yo entendí que le decía Perico, después supe que era Pepín Naranjo*, y el otro, Raúl Curbelo** y le dijo que nos mandarían un equipo de los de primera categoría.

“No conforme, comentó: ‘Vamos a ver cómo estoy’, agarró mi bate, se fue para el home y me dijo: ‘pichea’.

“Ya podrán imaginarse la emoción, yo le picheaba bajito, suavemente, me sentía como amarrado, una de las veces le cae la pelota delante del pie y la bota se llena

de tierra, la sacude con fuerza y se ríe... le lancé doce o trece veces por lo menos, él bateó y aquello era un corre corre de los muchachos que todos querían coger la pelota. Finalmente nos dice que tenía que continuar trabajando, nos dio la mano a todos, uno por uno, una mano suave, muy blanca, pero firme. No le expliqué que era profesor, me fue muy difícil asimilar la realidad.

“Siempre soñé con ver a Fidel de cerca, estudiaba técnico veterinario en La Habana a principios de los ‘60 cuando un día que estábamos sembrando pangola en un lugar que se llama Portugaleta llegó él; como ves, soy bajito, y cuando mis compañeros lo rodearon yo ni podía verlo, entonces me metí por debajo de ellos y gateando pude aproximarme y no te imaginas la alegría que me dio tocarle la pierna, fue para mí un triunfo.

“En la escuela costó trabajo que lo creyeran; nunca he visto ni una foto de aquel encuentro, creo que alguien las tomaba, pero bueno, lo importante es que lo toqué y le picheé, nunca había contado esto así como ahora, y desde que usted me llamó me estoy preguntando: ¿cómo lo supo?”.

RESPUESTA A SILVENTE

El próximo 11 de septiembre el Instituto Politécnico Agropecuario Mártires de Pino Tres arriba a su aniversario 45. En el plan

de actividades por el cumpleaños se contempla la fecha del 12 de mayo de 1973 por la visita de Fidel, recogida en información del periódico *Adelante* de la edición del día siguiente, como parte de un amplio recorrido, en el que inicialmente le rindió tributo al Mayor General Ignacio Agramonte en el Potrero de Jimaguayú, municipio de Vertientes, donde durante unas dos horas intercambié con sus acompañantes sobre las versiones escritas en relación con las circunstancias y condiciones geográficas del terreno que determinaron su caída en el lugar.

En esa información se recoge la visita a Pino Tres y el encuentro de pelota. En la búsqueda de uno de los participantes en el referido momento, aparece el nombre de Eudaldo Silvente, quien es fundador de la institución, ya está jubilado —pero no desactivado— como afirma, y aunque es baracoense, desde que llegó a Camagüey en la década del ‘60 echó raíces en Florida, siempre vinculado a la docencia en la Enseñanza Técnica Profesional, parte de su vida compartida con María Teresa Brancacho Martínez, quien tiene otra sencilla, pero hermosa historia para compartir sobre Fidel. Espérela.

*José (Pepín) Naranjo Silva, ministro de la entonces Industria Alimenticia.

**Raúl Curbelo Morales, otrora miembro del Comité Central del Partido y primer secretario en la provincia de Camagüey.

Pasadas las 3:00 p.m. del sábado 12 de mayo de 1973, el profesor Silvente y el reducido grupo de alumnos que no habían salido de pase, quizá porque vivían en provincias distantes del entonces instituto pecuario Mártires de Pino Tres —aún en construcción— decidieron irse a jugar pelota a un terreno improvisado en un área situada al fondo del lateral izquierdo del edificio docente.

Los implementos deportivos estaban guardados en el departamento de Educación Física, pero ellos se habían agenciado un bate y algún que otro guante maltrechos para pasar el tiempo en aquel aparta-

María Teresa, reina entre arrozales

Por Rogelio Serrano Pérez. Foto: Orlando Durán Hernández

Las uñas largas, rosadas, con dibujos y escarchas, el paso firme y ágil, el cuerpo robusto, presto al trajín arduo, la sonrisa amplia como la llanura, los ojos con su propio sol, chispeantes, un pañuelo para mantener fresca la cabeza y limpio el cabello, que se quita enseguida para la entrevista. Se arma rápido un moño y saca unos apuntes para hablar claro, como a ella le gusta. Así es María Teresa Alfonso Pérez, la única administradora de una Unidad Básica de Producción Cooperativa (UBPC) arrocera de Cuba.

La “Armando Diéguez Pupo”, al sur de Vertientes, está bajo su mandato desde el 2014. Con las cooperativas cada vez más independientes, a partir de las medidas implementadas por la Agricultura desde el 2012, mandar exige más soltura y firmeza. Ahora la empresa le proporciona servicios como los de maquinaria, que cobran caro, y que presta con retrasos, pues el equipamiento no cubre la demanda. Le toca, dicen los empresarios, buscar alternativas con trabajadores particulares, les corresponde, afirma la directiva cooperativista, cumplir con los contratos.

En ese ambiente de contradicciones, de gestión de recursos, de jornadas laborales que no se ciñen a las ocho horas, decidió María Teresa asumir jefatura.

Desde niña tuvo caballos, carneros, viandas y hortalizas en las pupilas. Vio la alegría del abuelo

al trabajar en el monte y, desde entonces, se contagió con el campo. Al papá no le hacía mucha gracia que la niña echara raíces en la campiña, así que aplaudió la iniciativa de su esposa de llevarla a estudiar la secundaria básica en Vertientes.

Concluida esa enseñanza se fue al preuniversitario y allí el amor guajiro venció a las aspiraciones paternas: eligió estudiar técnico de nivel medio en Veterinaria. Por si fuera poco, recién graduada, determinó ejercer en la UBPC Armando Diéguez Pupo, tan al sur que colinda con la costa, tan lejos que demora más de una hora en llegar al lugar. ¿Qué padre podría desear que su hija se empleara en un sitio tan inhóspito?

Pero la jovencita, a golpe de sonrisa, logró convencer a la familia toda que aquella cooperativa era el mejor lugar para crecer. “Este ha sido mi único centro de trabajo. Empecé como veterinaria, de allí fui técnica de control pecuario, y ahora soy la administradora. No es tan fácil. Aquí llevo 23 años, nos tratamos como familia. A las amigas tengo que exigirles consideración extra, porque hay que respetar los límites en el trabajo, ahora soy la jefa. Me tienen que ayudar”.

En la cooperativa, la mayoría son hombres. Gente ruda acostumbra a platos viriles. Que la voz de ella lidere no es siempre pan comido.

“Casi todo lo logro con persuasión, pero a veces tengo que imponerme, por el machismo que hay arraigado en la sociedad, y más en el campo. Hay ocasiones en que he llegado al pelotón y les he dicho: ‘Miren, esto tiene que ser de esta forma, las cosas se organizan así’. Todo queda organizado, y cuando llego al otro día ya hay cambios, y allí de nuevo el convencimiento, que siempre es mejor; pero constantemente te están midiendo, no se puede aflojar. El hecho de que soy mujer es para algunos una barrera que no logran asimilar”.

Con la ayuda de la UBPC, María Teresa se licenció en Derecho en los cursos por encuentros de la Universidad de Camagüey. En el sacrificio de dividir responsabilidades como trabajadora, esposa y madre de un adolescente, la apoyaron mucho los cooperativistas. “El Derecho me ha servido de mucho, porque es fundamental en la contratación”.

El arroz constituye el renglón principal de la “Diéguez”, donde también ceban toros, producen leche y pretenden convertir en polo productivo agrícola el área de autoabastecimiento. Lograr que el cereal, que exige como pocos cultivos, la llegada en tiempo de herbicidas, fertilizantes y labores específicas, sustentada a los cooperativistas no resulta simple.

“En la cosecha de frío la semilla y el agua fallaron, hubo resiembra, y atraso en la preparación del suelo, tuvimos que gastar el



doble del herbicida, pero cumplimos las 558 hectáreas a sembrar. En primavera falló la maquinaria, de 749 hectáreas se plantaron 561, y a pesar de las pérdidas por cosecha en esta etapa, tenemos la satisfacción de haber ganado \$400 000 más que en el 2015. Cerramos el año pasado con ganancias de \$6 861 000, los trabajadores nuestros promedian a \$40 000 pesos cada uno”.

María Teresa recuerda la impotencia de ver el arroz perdiéndose en el campo. Mientras, detalla: “Los secaderos no asimilaban los volúmenes de corte que había en esta costa. Asumí el puesto sabiendo a lo que me enfrentaba, pero hay momentos que desalientan, no es fácil ver que el sacrificio de un año entero se les va a los trabajadores entre las manos, y no hay una explicación que convenza”.

Los viajes diarios, las preocupaciones, el campo, dice ella, la avejentarán más rápido. Pero no se arriepente. Para amortiguar la presión de trabajo en su escaso tiempo libre escucha salsa, tira su pasillo, y trata, para darle salud a sus 43 años, de rodearse de gente fiel y alejarse de los mentirosos.

“Si volviera a nacer estudiaría otra vez Veterinaria”, afirma esta guajira que prefiere a los conejos, porque “son todo ternura”. Quizá por esa naturaleza suave mezclada con el rigor que le ha dado el monte, ella reina entre arrozales por encima de prejuicios. El decoro es su corona, y la laboriosidad, su estandarte. Mientras María Teresa gobierne en el sur de Vertientes se puede confiar en que mujeres de uñas largas, como las suyas, pueden traer a nuestras mesas mejores arroces.